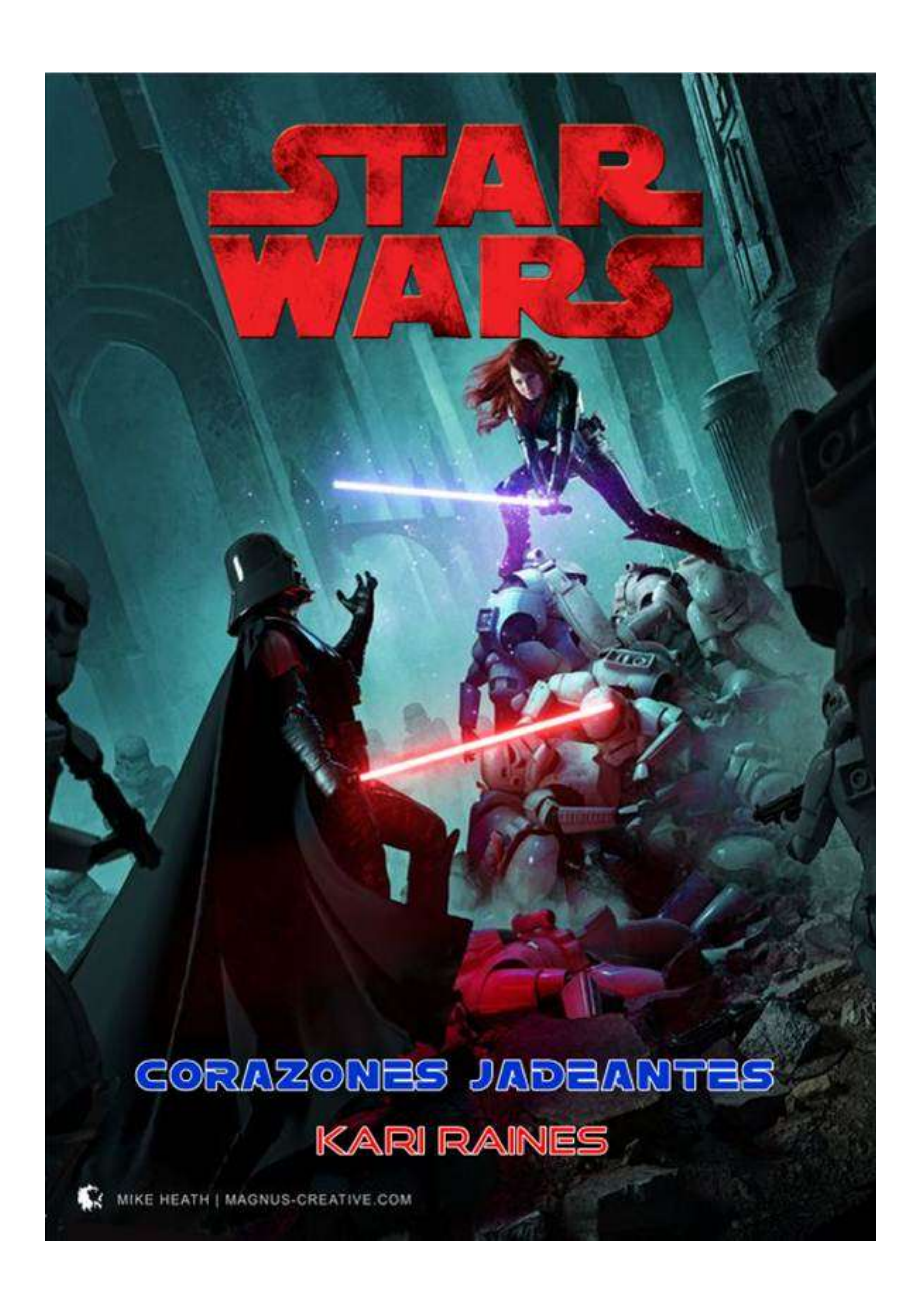

STAR WARS
CORAZONES JADEANTES
KARI RAINES
MIKE HEATH | MAGNUS-CREATIVE.COM

La verdadera historia de la infancia de Mara Jade, y su eventual abducción…



Corazones jadeantes

Kari Raines



Título original: Jaded Hearts
Autora: Kari Raines @ TrekGirl2000@netscape.net
Imagen de portada: Mike Heath / magnus-creative.com
Publicado originalmente en fanfiction.net
Publicación del original: 2000

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

12 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
02.02.21
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de recopilación, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO I

Las suaves nubosidades de color rosa, rodaban gentilmente por encima del horizonte, enmascarando momentáneamente la luz del sol, la cual se filtraba delicadamente sobre el verde planeta que se encontraba por debajo.

Era primavera en el hemisferio norte del pequeño pero lujurioso mundo. El planeta, conocido simplemente como Jayla[1] por los nativos, ostentaba casi siempre un clima templado y a decir de muchos de sus habitantes, casi perfecto. Y de manera afortunada, aquel pequeño refugio se encontraba convenientemente fuera del camino del Imperio en ciernes.

Jayla, que significaba «paraíso» en la *Lengua Antigua*, había quedado al margen de cualquier daño colateral durante el apogeo de las sanguinarias Guerras Clon.

Permanecía siendo el paraíso perfecto para las personas que no deseaban ser halladas, y que querían asentarse de manera algo despreocupada en el borde mismo de la galaxia. Particularmente para los Jedi que se habían visto forzados a mantenerse ocultos por el «Emperador» Palpatine y su nuevo aprendiz, Vader. Pero incluso en un lugar tan apartado como Jayla, habían llegado rumores que llamaban la atención. Se contaban historias acerca de Palpatine y Vader cazando a los Jedi, y masacrándolos. Mucha gente no deseaba creer en esos rumores. Mucha gente decidía ignorarlos.

Como los granjeros de Jayla. Jayla siempre había poseído una cultura tranquila y amistosa. La industrialización nunca había llegado a implantarse en aquellas feraces tierras, aunque la mayoría de hogares disfrutaban de todas las conveniencias de la vida moderna. Comerciaban sus ricas sedas y sus deliciosas frutas, néctares y vegetales, a cambio de la tecnología a la que todos podían acceder.

Pero la cosa más notable acerca del planeta, era su inmaculada e inalterada belleza natural. Como en aquel preciso momento, en que los vientos recorrían los floreados campos, acariciando los brotes con su delicado toque. Y la forma en que las grandes familias de granjeros y comerciantes, se dedicaban a nadar en las últimas horas de la tarde, refrescándose en los cristalinos ríos y lagos después de un arduo día de trabajo, celebrando con vino y frutas la abundancia de las cosechas de esa temporada. Tan sólo importaba la existencia de ese pequeño paraíso en el medio de aquella caótica galaxia, y lo único que contaba, era la felicidad y la realización personal de cada uno de sus habitantes.

Pero para algunos, el dolor no había sido olvidado. Tan sólo había logrado ser reprimido. Había algunos pocos que habían luchado en las Guerras… los pocos que habían logrado sobrevivir.

Tristan Jade no podía olvidar el día en que había visto a su hermano morir asesinado, o a los otros cientos de millones masacrados por las frías manos de los drones con rostros impávidos, controlados por Palpatine.

---

[1] Jayla: mundo creado por la Autora. N. del T.

Tristan se forzó a sí mismo a desechar aquel pensamiento de su mente, y le echó una mirada a su esposa, Audrey, quien había combatido a su lado en la guerra. Ambos habían sido Caballeros Jedi, sirviendo bajo las órdenes del general Kenobi. Después de la guerra, ellos se habían refugiado en aquel planeta —el mundo natal de Audrey—, después de que empezaran los rumores sobre las masacres.

Para aquel momento, Audrey ya se encontraba embarazada de su pequeña hija, Mara. Un mes antes del nacimiento de Mara, Audrey había despertado de una horrible pesadilla… la cual posteriormente, ambos calificaron como una visión. Para permanecer a salvo, ambos habían renunciado a su condición de Caballeros, y Tristan los trajo a vivir a Jayla.

Mientras contemplaba a su esposa —y su espléndida cabellera de color rojo que parecía dispersarse en medio de la delicada brisa vespertina—, y sus suaves pero endurecidas facciones, supo que había hecho lo correcto. Ya habían transcurrido casi cinco años, y todos habían logrado encontrar la felicidad. Tristan miró directamente a sus verdes ojos, a medida que iba acercándose a ella para tomar su mano con firmeza. Habían permanecido cerca del lago desde las primeras horas de la tarde, y el cielo estaba empezando a cubrirse de sombras de todos los tonos de púrpura, rosa y naranja. Era la hora favorita del día de Audrey, y ellos solían quedarse contemplando el ocaso casi todas las tardes.

A algunos metros de distancia, Mara permanecía tranquilamente recostada sobre el pasto, con su cabello rojo —muy similar al de su madre—, desperdigado formando ondulaciones alrededor de su cabeza, cubriendo los delicados pastizales. La niña había estado callada —de manera poco acostumbrada—, durante los últimos treinta minutos, pero Tristan sabía que se encontraba exhausta después de haber estado nadando y jugando a las luchas con su hermano mayor, Kyle. Éste era cuatro años mayor que su hermana, y todavía seguía trabajando duramente para tratar de ver lo que podía encontrar en el fondo del lago.

Luego de que el crepúsculo se desvaneciera, dando paso al aterciopelado manto tachonado de estrellas del cielo nocturno, Mara y Kyle fueron reclamados por sus padres. Era la séptima noche, la noche en la que las personas de la pequeña villa de Terra se reunían alrededor de una fogata para intercambiar historias y relatos. Se trataba de una tradición cuyos orígenes nadie conocía, pero que aun así, era respetada por todos los habitantes del planeta. Todas las familias traían una parte de sus mejores cosechas, así como algo para beber, y todos festejaban. Incluso en Terra, todos acogían de buen grado cualquier excusa para organizar una fiesta.

Mara, en particular, amaba sentarse en el heno, y escuchar los relatos de los tiempos ya pasados, tiempos que tan sólo existían en las memorias de los más ancianos. O los del joven aventurero que había logrado viajar lejos del planeta, y que había regresado a casa con una historia que contar. Aquellas historias siempre le habían fascinado a Mara.

En aquella noche en particular, ella se encontraba sentada sobre el heno con su mejor amiga, Lynzi. Los padres de Lynzi eran dueños de una granja contigua a la de los Jade, y

las dos niñas siempre se deleitaban en las ocasiones que tenían para jugar juntas. Mara ya estaba un poco cansada de tener cerca tan sólo a su único hermano. A él incluso no le gustaban las historias. Decía que eran «aburridas». Decía que eran para los viejos. Al menos, a Lynzi también le agradaba escucharlas.

Mara se encontraba sentada, arrobada por los relatos, en el momento en que se le pidió hablar a su padre. Estaba tomando un sorbo de su jugo de teroch[2], y no se dio cuenta de que su padre llegaba al centro del círculo. De improviso, Lynzi golpeó con el codo a Mara en el costado.

—¡Mira, Mara: tu papá va a hablar!

De inmediato Mara se acomodó mejor en el heno que había cerca de su amiga, apoyando su quijada sobre sus manos, y Tristan Jade inició su relato.

Habló acerca de las Guerras, de los heroicos Jedi, y del Imperio y sus nuevos líderes, el malvado Palpatine y el temido Vader. Mara estaba fascinada por las palabras de su padre. Ella lo había escuchado hablar de esas cosas antes, pero nunca con tal detalle, y con tanta emotividad. Mara encontró que a sí misma le empezaba a desagradar este Imperio. A ella le parecía tan triste; tan indescriptiblemente triste.

¿Por qué querría alguien hacerles esas horribles cosas a las demás personas?

La niña elaboró una nota mental para preguntárselo a su padre después, con un poco más de tiempo.

Cuando su padre hubo terminado, todo el mundo permaneció sentado en medio de un sorprendido silencio, antes de estallar en un sonoro aplauso. Tristan Jade era en realidad, un excelente narrador de historias.

A continuación, el alcalde del pueblo, Onri Sherlton se puso de pie para hablarle al grupo, pero Mara halló que le resultaba difícil concentrarse. Había tenido un día atareado, ayudando a sus padres con las cosechas, y nadando toda la tarde… sintió que sus ojos empezaban a cerrarse, al tiempo que se acurrucaba al lado de Lynzi en el heno. La voz del alcalde Sherlton se hizo monótona, casi como un bálsamo, mientras la agotada mente de Mara abandonaba la última pizca de conciencia.

La siguiente cosa de la que Mara fue consciente, fue la sensación de unos fuertes brazos: unos brazos protectores, los brazos de su padre. En cierto modo, estaba consciente de que estaba siendo llevada a casa, pero era incapaz de registrar alguna cosa en medio de la confusión mental inducida por el sueño que nublaba su mente. Finalmente, sus ojos se quedaron abiertos, y supo que estaba en su propia habitación. Era tarde, y la luz de las estrellas se filtraba a través de su enorme ventanal, resaltando la conocida silueta de su madre con su brillo. La roja cabellera de Audrey resplandecía alrededor de ella a la luz de la luna, y por un momento, Mara pensó que se trataba de su ángel guardián.

—Mamá —susurró, estrechándose contra su madre. En un instante, los brazos de Audrey se encontraron alrededor de su hija, arropándola con su calidez. Besó suavemente la pequeña frente de su hija.

[2] Teroch: fruta producto de la imaginación de la Autora. N. del T.

—Buenas noches, bebé —dijo Audrey, y sólo entonces Mara bajó la mirada para darse cuenta de que alguien la había cambiado, poniéndole su blanco camisón de encajes favorito, el que su abuela había hecho para ella.

—Buenas noches, mamá.

A continuación, su padre entró en la habitación. Se arrodilló cerca de la delgada cama de su hija, colocando una fuerte mano sobre su rostro.

—Hola —le dijo delicadamente, dándose cuenta por millonésima vez, de lo parecida que se veía a su madre, especialmente, la forma en que sus verdes ojos atrapaban hermosamente la luz.

—Hola papá —susurró ella, mientras sentía que sus ojos se cerraban una vez más en contra de su voluntad. Pero súbitamente, los forzó a abrirse con toda la fuerza que pudo reunir.

—¿Papá? —le preguntó— ¿Por qué la gente mala como Palpatine, le hace cosas malas a las demás personas?

Tristan miró de manera pensativa a su pequeña niña.

—Querida, realmente no lo sé. Me parece que a algunas personas les gusta tener poder, aún a expensas de los otros.

Mara frunció el ceño poco convencida. Con seguridad no lograba entenderlo, pero quizás algún día podría hacerlo.

—¿Sabías —empezó a decir su padre de improviso—, que hace tiempo atrás, las personas de este planeta creían que las mujeres nacidas con cabello rojo y ojos verdes, debían ser consideradas como un regalo de los dioses, y que ellos apreciaban a esas mujeres y las trataban como si fueran de la realeza?

Ella dejó escapar una risita sofocada frente a las palabras de Tristan.

—¿Es eso cierto, papá?

Él le revolvió el cabello delicadamente.

—Es cierto, Mara. Y en lo que a mí concierne, tú y tu madre definitivamente pertenecen a la realeza.

Mara sonrió de manera satisfecha, mientras sus ojos empezaban a cerrarse una vez más, pero en esta ocasión, ella no hizo ningún esfuerzo por impedirlo. Mientras su mente soñolienta nuevamente comenzaba a divagar, la última cosa que logró sentir, fue el beso de buenas noches de su padre, y su cálida y tranquilizadora presencia.

CAPÍTULO II

Mara despertó con una delicada sensación de calor en sus párpados. Suspiró, mientras sus ojos empezaban a abrirse. Sus frazadas, ahora inconfortablemente calurosas, yacían enredadas alrededor de su pequeño cuerpecito. En aquel momento, la luz del sol incidía a través de las grandes ventanas, expandiendo sus rayos de manera hermosa por toda la habitación.

Mara pateó las cobijas al tiempo que saltaba fuera de la cama, y se dirigía hacia el ventanal. Era un día tan hermoso como lo eran todos los días. El cielo azulado, no tenía ni el más leve indicio de nubosidades. Por debajo de su ventana, Mara pudo ver a Trent, uno de los trabajadores contratados por su padre, trabajando en el jardín junto con Kyle. Mara frunció el ceño, preguntándose qué hora sería. Mamá y papá debían haberla dejado quedarse dormida hasta tarde.

Mara dejó escapar un nuevo suspiro mientras se ponía encima su bata de diario. Desearía no tener que cumplir con sus quehaceres. Quería correr hacia el arroyo, hacia el lugar en donde éste se ensanchaba y formaba un pequeño estanque. Ella, Kyle y Lynzi iban allí algunas veces. Era lo suficientemente profundo para nadar en él, especialmente después de una copiosa lluvia. En dichos momentos se desbordaba, poniéndose lo suficientemente ancho.

Descendió penosamente por las escaleras, y sus pequeños pies retumbaron sonoramente mientras se abría paso hacia la cocina. Su madre estaba esperándola allí, y a medida que Mara iba entrando, Audrey le sonrió a su hija, y depositó un cuenco con comida en el lugar que le correspondía a Mara en la mesa.

—Ahí estás, dormilona. Pensábamos que te quedarías durmiendo todo el día.

Mara se sentó a devorar sus cereales con mucha hambre. Normalmente a ella no le agradaba mucho aquella clase de desayuno, pero esta vez, sabía bastante bien.

—Mamá, ¿podríamos Kyle y yo ir al arroyo, después de terminar con nuestros quehaceres?

—Seguro, pero tengan cuidado —le advirtió su madre.

—Lo tendremos.

*****

Al mediodía.

El sol seguía brillando intensamente sobre sus cabezas. Como el día anterior, una delicada brisa acariciaba las tierras, enfriando y refrescando la piel. Mara rio de manera sonora, mientras su hermano chapoteaba en la fresca agua, haciéndola salpicar sobre ella.

—¡Te atraparé por eso! —le gritó, inclinándose sobre el borde de la pequeña piscina de agua, mientras Kyle desaparecía por debajo de la superficie.

Mara se zambulló por detrás de él, feliz de sentir el sedoso toque del agua deslizándose sobre su delicada piel. Era una nadadora bastante buena para ser tan joven.

La mayoría de personas lo eran en ese planeta. Su mundo era cálido la mayor parte del tiempo, y nadar era una de las actividades más populares que apetecía realizar en esos días tan hermosos. Y su padre solía llevarla allí cada día, hasta que llegó el tiempo en que ella aprendió a hacerlo por sí misma. Ahora, era Kyle el encargado de cuidarla.

A medida que Mara iba deslizándose por las aguas, empezó a cerrar sus ojos, buscando *sentir* la presencia de su hermano. Finalmente, su mano se cerró alrededor del tobillo de Kyle, y sintió que él se sacudía producto de la sorpresa. Ambos emergieron del agua, riendo sofocadamente.

Pero los dos pequeños se quedaron callados cuando notaron el inesperado cambio en el firmamento, y en el aire que los rodeaba. Se había vuelto oscuro, y las cerradas nubes no parecían haber salido de ninguna parte. El aire parecía crepitar con una gran cantidad de energía. Por encima de sus cabezas, unas extrañas luces llegaban a vislumbrarse a través de los cargados nubarrones. ¿Luces procedentes de naves, quizás? Pero parecía haber muchas de ellas.

—¿Kyle? —le preguntó Mara, mientras una extraña sensación empezaba a formarse en la parte posterior de su cerebro. De pronto, empezaba a sentirse incómoda, y hasta cierto punto, temerosa—. ¿Qué es eso?

—No lo sé —le respondió dubitativo su hermano.

De improviso apareció papá, gritándoles que vinieran a casa de inmediato. Mara se quedó petrificada, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo alrededor de ella. No consiguió que sus pequeñas piernecitas le obedecieran para echarse a correr, por lo que tuvo que esperar a ser cargada por su padre, el cual la conducía hasta su casa, recorriendo velozmente todo el camino.

Para el momento en que estaban llegando hasta su hogar, todo estaba casi completamente negro, como si fuera de noche. Las estrellas se habían convertido en las brillantes luces de color amarillento de unas amenazadoras naves. Y llegando desde algún lugar, Mara sintió las primeras gotas de lluvia sobre su cabello y sobre su piel.

Y el sol ya no estaba más allí para calentar su cuerpo, por lo que empezó a tiritar por el frío y la lluvia. Mara pudo ver a mamá de pie en el pórtico delantero, con su largo cabello sacudido por el viento, el cual en ese momento, más era como un rotundo ventarrón.

Mara logró darse cuenta de que mamá se encontraba aterrada, y que empezó a llorar apenas ella fue descargada de los brazos de su padre. Los cuatro desaparecieron en el interior de la casa.

—Debemos salir de aquí —exclamó Tristan con una calma forzada.

Pero incluso Mara podía notar el miedo en los ojos de su padre. Tristan miró directamente a los ojos de Audrey, y ambos llegaron a un acuerdo tácito en ese silencioso momento. Por fuera, una infinidad de sonidos extraños empezaban a llegar hasta la casa, el sonido de millares de diminutas cosas de origen mecánico: con toda seguridad, cosas malas de origen mecánico.

Y el sonido iba poniéndose cada vez más fuerte.

Tristan decidió que no debían perder más tiempo.

—Mara, ¿recuerdas la gente mala de la que te hablé? Ellos están aquí, así que tú y Kyle deben irse.

Dirigiéndose al mayor de sus hijos, continuó:

—Kyle, toma a tu hermana y corran hacia los bosques. ¿Entendido?

El muchacho asintió con algo de vacilación. Pero no había tiempo ni siquiera para decir adiós. Aquellos inquietantes sonidos se encontraban justo por encima de la casa en aquel momento.

Antes de que Mara supiese lo que estaba pasando, ella y Kyle ya se encontraban afuera de la puerta posterior, corriendo desesperadamente. Pero la curiosidad de Mara era mucho mayor que sus miedos. Después de recorrer algunas decenas de metros, se resistió al tirón de la mano de su hermano, haciendo que este se detuviese. Tenía que verlo todo con sus propios ojos.

Se arrodilló detrás de un árbol, mientras su hermano le rogaba que fuese con él. Pero ella decidió ignorarlo, mientras observaba cómo una especie de lanzadera espacial, se asentaba en el jardín delantero de su casa. Una larga columna de hombres cubiertos por blancas armaduras emergió de ella, seguidos cercanamente por una imponente figura vestida de negro, con un terrorífico casco del mismo color. Y en su mano llevaba un sable de luz encendido. Mara logró reconocerlo, porque tanto mamá como papá, poseían uno de ellos. Eran las armas de los Jedi.

Pero los Jedi eran buenos, y este hombre vestido de negro, era alguien malvado.

Mara se dio cuenta de la forma en que aquel sable de luz resplandecía con un tono carmesí, derramando una sombra de color rubí sobre todas las cosas que se hallaban a unos pocos pies de distancia. Finalmente, el último de sus ocupantes emergió de la nave. Se trataba de un hombre pequeño, completamente cubierto por una oscura capa, la cual cubría de sombras su rostro. Pero era alguien infinitamente más malvado.

Mara podía sentirlo.

Y entonces, éste último hombre giró su cabeza en dirección de ella. Sin quererlo, la niña tragó saliva, agachándose un poco más. Pero todavía podía sentir los amarillentos ojos del hombre, resplandeciendo a través de su sombría capucha. Y luego, todo se acabó. El hombre encapuchado volvió a dirigir su atención hacia la casa, en donde algunos de los hombres con blancas armaduras ya se encontraban en el interior.

Mara se puso a esperar, aguardando angustiada lo que podría suceder. Tenía la esperanza de que mamá y papá pudieran encontrar un lugar en el cual esconderse… pero entonces, fueron arrastrados afuera por la fuerza, por los hombres de las armaduras blancas. Fueron llevados frente al hombre de la capucha. Algunas palabras fueron intercambiadas por parte de ellos, pero Mara no podía escucharlas.

Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, el hombre cubierto por el casco negro, dio un paso hacia el frente, con el sable de luz sostenido de manera intimidante. Y simplemente de esa manera —sin ningún tipo de previo aviso o de advertencia—, el

hombre hizo deslizar pulcramente la hoja de su arma a través del estómago de Tristan. Antes de que Audrey tuviera tiempo de reaccionar, el mismo destino le fue concedido.

Mara y Kyle contemplaban horrorizados la forma en que sus padres habían sido víctimas de una carnicería justo frente a sus ojos. Kyle estaba llorando de manera desgarradora, tirando de los brazos de Mara. Estaba diciendo algo acerca de ir hacia allá.

Pero Mara apenas si podía escucharlo. No podía ni siquiera moverse; no podía pensar. Tan sólo se negaba a retirar la mirada de los sangrientos restos de sus padres. De pronto, empezó a llover nuevamente, y Mara comenzó a gritar.

Gritó y gritó, incapaz de detenerse, gritando hasta que logró recuperar una parte suficiente de sus sentidos como para darse cuenta de que las personas malas se habían percatado de su presencia, y que estaban empezando a moverse en dirección hacia ella. En ese momento, Kyle se encontraba frenético. Prácticamente empezó a arrastrar a su trastornada hermana sobre el lodo, ignorando por completo el aguacero.

Pero para entonces, Mara ya se encontraba parada sobre sus pies, y empezó a correr junto con él. Corrieron, corrieron y corrieron a través de los bosques, con los hombres de las blancas armaduras pisándoles los talones.

Cuando inesperadamente Kyle trastabilló, escuchó que éste le gritaba que no se detuviera, y ella no lo hizo. No deseaba ser testigo del asesinato de su hermano.

Mara se agachó debajo de algunas zarzas, mientras su ropa y su cabello quedaban enganchados en las puntiagudas espinas. Pero ella no se daba cuenta de nada. Sus carnes y sus cabellos quedaron desgarrados, pero ella continuaba corriendo, sollozando y frenética, mientras sus lágrimas se entremezclaban con la inclemente lluvia. Sus extremidades estaban comenzando a entumecerse por el frío, y empezó a tiritar de manera descontrolada, por el miedo o por el frío, de ello no estaba muy segura.

Pero continuaba escapando.

Y súbitamente, los ruidos cesaron. Cuando pensó que los hombres habían dejado de perseguirla, se dejó caer sobre el barro, de espaldas contra un árbol. Entonces empezó a sollozar de rodillas, insegura de lo que debería hacer a partir de ese momento.

Si estos tipos no me matan, probablemente moriré en los bosques, pensó de manera amarga.

—Puedo asegurarte, querida mía, que nada de eso va a ocurrir.

Mara levantó la cabeza de golpe. Estaba completamente oscuro, pero aun así, Mara lograba distinguir la silueta de una figura encapuchada frente a ella. Inclusive podía ver sus amarillentos ojos clavados en ella.

Mara jadeó, retrocediendo torpemente hacia los árboles.

—No hay necesidad de que te sientas trastornada, mi pequeña. No vas a sufrir ningún daño.

Mara se quedó contemplándolo, incrédula por un momento. Pero aun así, sus lágrimas habían empezado a secarse.

—Pero mamá… y papá…

Se ahogó en las palabras, mientras éstas brotaban de su boca en medio de un sollozo.

—Ellos debían morir, Mara Jade. Ellos eran Jedi. Los Jedi son una enfermedad que carcome toda la galaxia.

Mara sacudió su cabeza vigorosamente.

No. Eso no puede ser cierto. Mamá y papá eran buenas personas. Ellos jamás me mentirían.

—¿Estás segura? —le preguntó el hombre, como si hubiera podido leer sus pensamientos una vez más.

El joven rostro de Mara se quedó contemplándolo en silencio. Entonces, él le sonrió, pero su sonrisa no era una sonrisa agradable.

—Ven conmigo, Mara Jade. Yo te mostraré el verdadero camino de la Fuerza. O podrías decidir quedarte aquí, y morir en estos bosques —le dijo, extendiendo una mano abierta hacia la densa vegetación que poblaba los alrededores.

Mara lo miró con incertidumbre. Él había dicho que no la lastimaría. Y Mara estaba completamente segura de que así sería, ya que no lograba detectar intenciones traicioneras en su voz. Y ciertamente, ella no podría permanecer solitaria en aquellos bosques. Mirando a todos lados, Mara comprendió que no tenía idea de en dónde se encontraba. Había escuchado horribles historias acerca de personas que habían ido a los bosques, y que nunca habían regresado.

Palpatine dio algunos pasos para acercarse a la patética e indefensa niña. Le extendió una mano, y en el momento en que ella con algo de dudas, la tomó, pudo sentir lo intensa que era la Fuerza en ella.

Sí, ella se convertiría en una gran baza para el Imperio.

No la entrenaría como a una Sith, aunque sí le mostraría los caminos de la Fuerza. Ella emplearía sus habilidades como su asesina personal, y muchas cosas más.

Ése era su destino.

CAPÍTULO III

Durante muchos meses, Mara permaneció recluida, reviviendo una y otra vez, el asesinato de sus padres en su cabeza. Odiaba a Vader, pero no podía lograr transferir su odio también hacia Palpatine, aunque ella sabía que todo había sido obra suya. Algunas veces había pensado en preguntar acerca de su hermano. Tenía la esperanza de que quizás también hubiera podido ser salvado.

Pero Mara sabía la verdad. Su familia estaba muerta. Cuando estaba triste, volvía a pensar que estaba en Jayla, recordando todas las cosas con sus dulces detalles. La forma en que sus padres reían con sus bromas, o la forma en que su hermano la andaba molestando de buena gana.

Pero aquello no hacía más que empeorar las cosas. Empezó a hacerse cada vez más introvertida, y finalmente Palpatine tuvo que verse forzado a reprimir y a borrar los recuerdos de su anterior vida en Jayla. Le dijo que aquello era lo mejor.

Y eventualmente, Mara lo olvidó todo acerca de su hermoso hogar, y acerca de su mamá y su papá, y Kyle y Lynzi. Pero en algunas ocasiones, ella llegaría a despertar en medio de la noche, y a comprender que había estado soñando con un tiempo feliz: un tiempo en el que tenía familia y amigos.

Pero cuando se lo contó a Palpatine, sólo consiguió ganarse una reprimenda. El Emperador le dijo que aquellas cosas eran ridículas. Que él era su única familia. De esa forma, no tomó mucho tiempo para que sus sueños se desvanecieran en medio del olvido.

Eventualmente, Mara Jade se convirtió en la Mano del Emperador…